

CAPÍTULO VI

EL JURISCONSULTO

Los que hayan leído la DEUDA DEL CORAZÓN, donde realmente principia la presente historia, ya conocen las aficiones artísticas de Góngora, y no han de sorprenderse al ver sobre el gran sillón de su despacho un lienzo de mediano mérito, que representa el juicio de Salomón, en el momento en que el sabio rey de Israel y de Judá manda dividir al niño que se disputaban las dos madres. Á los que no tengan noticia de aquella verídica narración, tampoco ha de causarles sorpresa en cuanto se enteren de que nos hallamos en el *bufete* del célebre letrado á quien Valle-alegre designa con el título de abogado de pobres, y en ninguna parte podía encontrar un lugar más á propósito el recuerdo de aquella sabiduría con que administraba justicia el hijo de David.

Los vivos colores del lienzo formaban singular contraste con el tono de luz suave que bañaba la estancia y con la severidad de los muebles que la decoraban, de tal manera, que al entrar en el bufete del jurisconsulto, los ojos se sentían atraídos por el cuadro. La seria estantería que cubría las paredes, atestada de volúmenes modestamente encuadernados, sólo dejaba espacio para algunos mapas, que á su vez representaban también cuestiones de derecho, pues cada uno de ellos era el plano topográfico de una gran batalla.

La habitación en que hemos penetrado consta de tres piezas: un recibimiento donde los clientes esperan, una sala donde son recibidos y un despacho donde el abogado estudia sus negocios y redacta sus escritos.

En aquellos volúmenes se encuentra toda la sabiduría con que los sabios han pretendido extender por el mundo la magnífica fuerza del derecho, y en esos mapas ha consignado la historia el poder con que en todos tiempos cuenta el derecho de la fuerza.

La gran mesa del despacho se encuentra cubierta de papeles, al parecer en desorden; pero no es difícil advertir que se hallan ordenados en secciones, según la índole de los datos que cada uno contiene, lo cual da á entender que han sido escrupulosamente examinados.

Allí hay notas, facturas, inventarios, pagarés, libranzas, letras de cambio, libros de caja, libros de correspondencia y legajos de cartas, en cuyas carpetas amarillas se hallaban las cifras del año á que pertenecían.

Todo este archivo de papeles desparramados sobre la mesa parecía presidido por un *índice*, en el que se veían anotados uno por uno, con observaciones marginales, que expresaban el extracto del contenido y la importancia del documento.

Este trabajo minucioso suponía un grande esfuerzo de paciencia y un gran interés en apreciar el valor de las palabras y de los guarismos que en esos papeles se encerraban.

Era indudable que habían sido examinados con atención prolija y que se buscaba en ellos algún dato de suma importancia, algún rayo de luz que iluminara la obscuridad de espesas tinieblas.

Luis iba y venía de un extremo á otro del despacho, con ese paso lento con que andamos cuando nos agobia el peso de graves reflexiones.

De vez en cuando se detenía delante de la mesa, consultaba el *índice* y volvía de nuevo á su paseo meditabundo y silencioso.

Después de una larga meditación se detuvo como si hubiera perdido el camino, se cruzó de brazos y exclamó con profundo desaliento:

— ¡Nada! ¡Nada!

Luego volvió á quedar pensativo, como si aún conservara en su espíritu un resto de esperanza, y dijo:

— Indicios hay; la presunción resulta del examen de algunos de esos documentos.

Diciendo así, acudió de nuevo al *índice*, buscó en los legajos algunas cartas, que leyó atentamente, y colocándolas después en sus respectivos sitios se dejó caer en el sillón, exclamando:

— ¡Indicios..., nada mas que indicios!.. Eso es todo lo que encuentro, y los indicios no bastan para obtener una sentencia favorable.

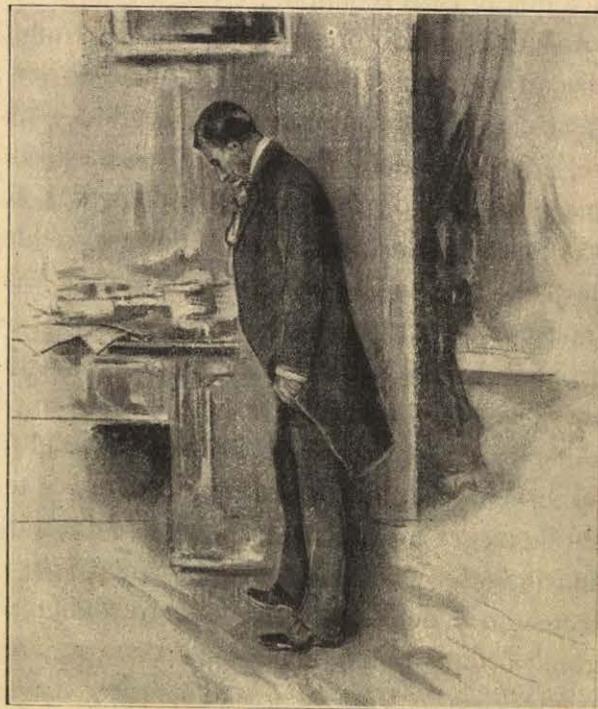
Se rascó la frente con impaciencia, y añadió:

— No me sería imposible llevar al ánimo de los jueces la convicción moral de que yo participo; pero la ley pide pruebas auténticas, irrecusables, y esas pruebas no existen. Además el adversario es poderoso y apelará á todos los recursos... Es negocio perdido.

Sin embargo, no parecía dispuesto á renunciar á una nueva tentativa, impulsado por la tenacidad de su convicción; y apoyando el codo sobre el brazo del sillón en que se hallaba sentado, colocó la barba en el hueco de la mano, y quedó sumergido en el mar algo agitado de las reflexiones que aquel mal negocio le sugería.

Si se puede presumir la situación del ánimo por el aspecto de la fisonomía, el jurisconsulto que en este momento llama nuestra atención debe hallarse vivamente contrariado.

El fruncimiento del entrecejo y la expresión de la boca advierten que hay más enojo que resignación en sus pensamientos. La ineficacia de aquel cúmulo de documentos, tan minuciosamente registrados, hacía impracticable su empeño. La infeliz viuda del americano tenía que resignarse



De vez en cuando se detenía delante de la mesa

á las estrecheces de la miseria en que vivía, y Valle-alegre, aturdiendo al mundo con el estrépito de sus millones, se reiría á la vez del letrado y de la cliente.

Por mucha que sea la superioridad que un hombre ejerza sobre las debilidades de su flaca naturaleza, no siempre puede eximirse de pagar algún tributo á la miseria humana, y Luis debía sentir herida la vanidad de su profesión, y lo que es más todavía, la vanidad de su fama.

Llevado quizá de una excesiva confianza en sus propias

fuerzas, y movido á la vez por el deseo de devolver á la viuda parte, por lo menos, de la fortuna de que había sido despojada, creyó que el éxito del negocio era seguro, y con una ligereza de que debía hallarse muy formalmente arrepentido, dejó entender que estaba armado de toda la fuerza jurídica que el caso requería.

Y si no había soltado prenda ninguna, encerrándose en la más discreta reserva, ello es que la noticia de que había tomado á su cargo las reclamaciones de la viuda contra Valle-alegre, era ya del dominio público y corría de boca en boca como el anuncio de un suceso, cuando menos, curioso.

Y era cosa indudable: cuando Góngora se decidía á entablar un pleito tan ruidoso, claro está que poseía cuantos datos se necesitan para tener razón ante la justicia estricta de los tribunales. No había de ir á comprometer su nombre en un lance tan serio y contra un hombre tan poderoso, sin tener bien tejido el negocio y asegurado el triunfo.

Se esperaba, pues, una lucha encarnizada y terrible, porque Valle-alegre no era hombre que se dejaba arrancar la presa fácilmente, y del encuentro, digámoslo así, del hábil jurisconsulto y del poderoso banquero, debía resultar una víctima: ó Góngora caía perdiendo su gran fama de eminencia jurídica, ó Valle-alegre, derrotado, después de reparar las graves lesiones ocasionadas en los bienes de fortuna del difunto americano, se vería envuelto en un proceso por delito de estafa.

El punto de derecho que iba á ventilarse podía acabar muy bien por una causa criminal.

De uno ó de otro modo, la víctima era inevitable, y la opinión pública se inclinaba en favor del abogado, no precisamente porque Valle-alegre gozara la fama universal de no ser excesivamente escrupuloso en los medios de enriquecerse, sino más bien porque el caso sería más dramático y la víctima más completa.

Unos no veían más en el asunto que las vivas emociones que había de causarles el curso del suceso, y otros, como el ciudadano de Atenas, deseaban la condenación del banquero, pura y simplemente porque estaban ya cansados de oírle llamar millonario.

De todas maneras habría víctima, y ya sabemos que desde mucho antes que empezaran los grandes espectáculos del Circo romano, las víctimas hacían ya y siguen haciendo las delicias de todas las multitudes, porque la multitud ha sido siempre una deidad terrible que sólo se aplaca con víctimas.

Ello es que el público, si se me permite decirlo así, había ya ocupado el anfiteatro, y sólo faltaba la aparición de los gladiadores en la arena: la expectación ya estaba producida, sólo faltaba el espectáculo.

Y no era esto solo, sino que los espectadores empezaban á cansarse de la inmovilidad del telón, que no se levantaba, y es claro, cada uno expresaba su impaciencia murmurando á su modo de la calma de los actores.

Tal era la situación *coram populo* en que Góngora se encontraba, precisamente cuando aquel cúmulo de documentos que se hallaban sobre la mesa no tenía ni un dato seguro que ofrecerle con qué sostener la demanda de la viuda contra el banquero.

Renunciar al pleito era entregarse á las murmuraciones del público, que no le perdonaría el chasco, y plantear el pleito era perderlo.

En el momento en que circulara la noticia de que ya no se presentaba la demanda contra el banquero, la silba sería inevitable, porque el público no tiene otra manera de vengarse de los que defraudan sus esperanzas.

— No hay pleito — dirían unos, como si quisieran decir: «no hay función.»

— ¡Cómol — exclamarían otros. — ¿Se ha transigido?..

— Tampoco.

— Entonces...

— Es que Góngora no encuentra mérito para la demanda.

— Siempre he dicho — añadiría un tercero — que la reputación de ese abogado no tiene verdadero fundamento. Jamás he creído en la superioridad de su ciencia jurídica. Lo han pintado como al genio del Foro, cuando en realidad no es otra cosa que un letrado de tres al cuarto... ¡No encuentra mérito para la demanda! ¿Y eso lo ve ahora?

Otro interlocutor más malicioso sacude la cabeza, y añade:

— ¡No hay mérito para la demanda!.. ¡Bah!.. Góngora no es tan negado.

— ¿Por qué no ha de haberlo?..

— Y si lo hay — preguntan, — ¿cómo no se entabla el pleito?

— ¡Oh! — contesta. — Valle-alegre dispone de muchos millones.

Es decir, que en la alternativa en que se encuentra, no tiene más remedio que sacrificar su reputación de abogado ó su fama de hombre probo.

Si intenta el pleito, lo pierde; y si lo pierde, adiós inteligencia, sabiduría..., perspicacia..., en fin, todo lo que en su profesión tiene que perder.

¿No lo intenta?.. Entonces, claro está, ha vendido el derecho de su cliente á los millones del banquero.

No se le ocultan á Luis estas dificultades de su posición, y reniega interiormente de la celebridad de aquel negocio.

Sea el que quiera el partido que tome, están en peligro su suficiencia y su honradez.

Como vemos, la situación en que se halla es bastante apurada; y es el caso que los documentos no arrojan por

ninguna parte aquella luz, clara como la del día, con que es preciso iluminar los ojos de los jueces.

— ¡Es negocio perdido!.. — exclama meditando.

Y se aumenta el fruncimiento de su entrecejo y la airada expresión de su boca.

Este tormento de su amor propio debe aumentarse con los escrúpulos de su conciencia, porque al fin Valle-alegre le había propuesto una transacción indirecta, y por su culpa la viuda iba á carecer de aquel recurso.

En vano buscaba en su imaginación la manera de resolver tan graves dificultades; y cuanto más penetraba en ellas su pensamiento, más insuperables le parecían.

Había cometido una ligereza imperdonable al desechar resueltamente las proposiciones indirectas de Valle-alegre, y era preciso buscar la manera de que volviera á indicirlas. La cosa no ofrecía grandes dificultades, y, después de todo, era el único recurso que quedaba.

Hacía el sacrificio de su reputación profesional y de su fama de hombre íntegro y justo, pero al fin salvaba á la viuda del americano de la miseria en que vivía.

Discurriendo de este modo, fijó los ojos en uno de los documentos que se hallaban encima de la mesa, y advirtió en él unas abreviaturas marginales, en las que hasta entonces no había reparado.

Las abreviaturas eran éstas:

V. c. F. M. 63.

Si esas letras y esos números encerraban algún sentido, no era tan fácil descifrarlo, y Luis comenzó á darles vueltas buscando en ellos una combinación que expresara algo, que pudiera servirle de guía; mas las cifras permanecían mudas, guardando tenazmente el secreto que se les había confiado.

Las letras eran, sin duda, iniciales de palabras, y al cabo de dar muchas vueltas por toda la redondez del *Diccionario*, podría llegarse á encontrar lo que querían decir; mas los números..., ¿qué significaban?.. Éstos parecían más misteriosos, más impenetrables.

Acaso ni los números ni las letras encerraban dato alguno importante, y la tarea de interpretarlos, sobre ser fastidiosa, podía ser inútil; mas en el caso en que Luis se encontraba, no debía desperdiciar nada.

Además, todo secreto es un abismo que atrae, y el abogado no sabía apartar los ojos de aquellos caracteres que de pronto se le habían presentado como un enigma, y barajaba en su imaginación las diversas palabras que nacían de cada letra, combinándolas, sin obtener ningún resultado.

Desde el principio advirtió que la mano que las había trazado era la del difunto millonario, pues era su misma letra, diminuta y suelta.

El documento en que se hallaban era una especie de liquidación de varios millones perdidos en operaciones desgraciadas, que arrojaba contra el difunto americano un saldo enorme. Era la cuenta en globo de su ruina.

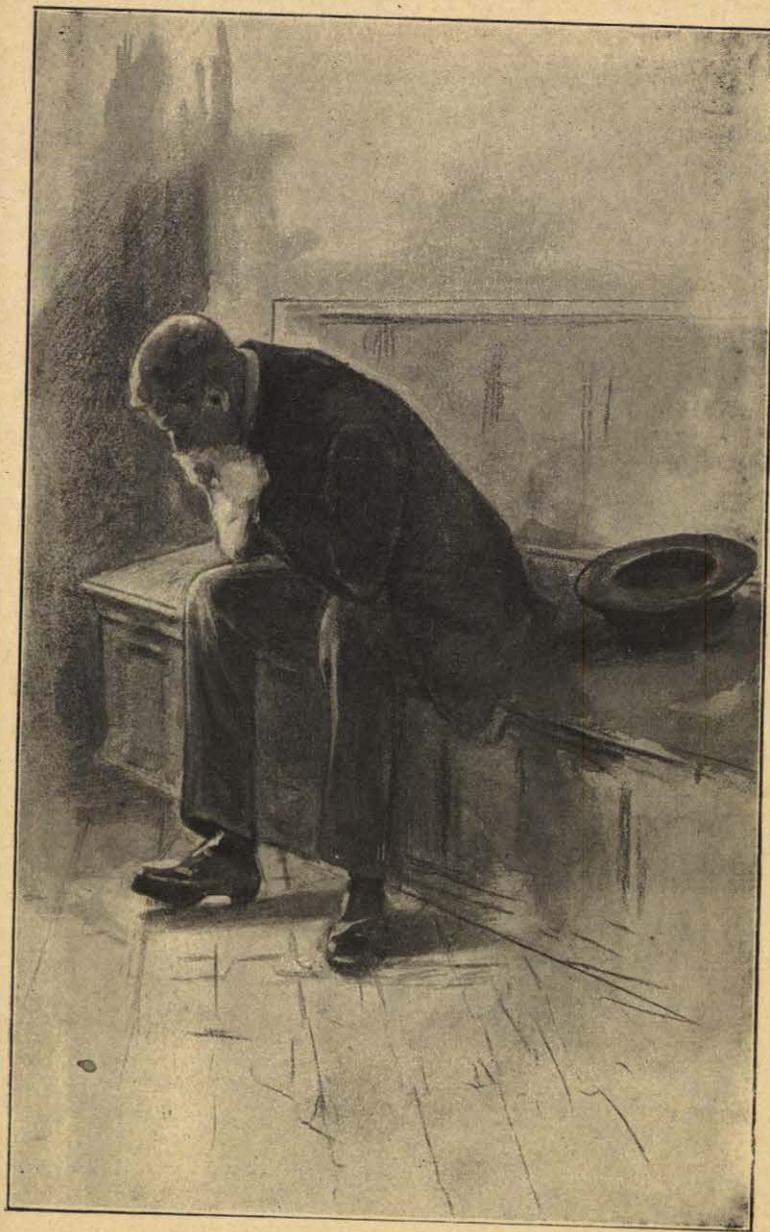
Luis hacía combinaciones, sin encontrar ninguna que llegara á satisfacerle.

En esta ímproba tarea lo sorprendió un golpe de tos bastante tenaz que sonó en el recibimiento, y entonces recordó que había un nuevo cliente que lo esperaba.

— ¡Pobre hombre!.. — dijo. — Lo tengo ahí hace una hora; y si no tiene la feliz ocurrencia de toser, se habría pasado el día esperándome. No me acordaba de tal cosa.

En aquel momento la tos volvió á sonar con más fuerza, y Luis se puso de pie, sin apartar los ojos de las letras misteriosas y de los guarismos indescifrables.

— ¿Y quién es este hombre?.. — se preguntó á sí mismo, queriendo recordar su nombre.



LE HABÍA ACOMETIDO UN NUEVO GOLPE DE TOS

— No lo sé — añadió después de reflexionar un momento. — Vamos, he perdido hasta la memoria. Mas debo tener una nota...

— Se registró los bolsillos y buscó apresuradamente por encima de la mesa, y al fin halló la nota que buscaba.

Era ésta una cuartilla de papel moreno y grueso, doblada por la mitad, que en letra clara, hermosa y española, y como en forma de tarjeta, llevaba manuscrito este nombre y este apellido:

«MARTÍN BUENAVENTURA.»

Con esta nota en la mano, Luis salió del despacho, atravesó la antesala y se detuvo en la puerta que abría paso al recibimiento.

Allí estaba el cliente sentado en la banqueta que rodeaba la habitación. Le había acometido un nuevo golpe de tos, y se hallaba encorvado sobre las rodillas, cubierto el rostro con el pañuelo, como si quisiera contener, ó por lo menos ahogar, el acceso de que se veía acometido.